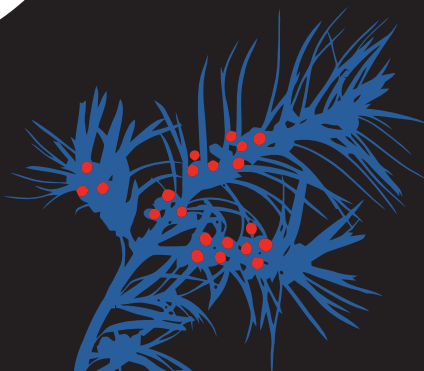
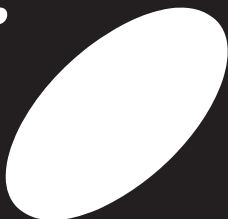


Agatha Christie®

UN PUÑADO DE CENTENO

Una nueva red de
misterios para
MISS MARPLE



AGATHA CHRISTIE

UN PUÑADO DE CENTENO

Traducción de C. Peraire del Molino



A Pocket Full of Rye © 1953 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, MARPLE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de C. Peraire del Molino © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-670-6660-9

Depósito legal: B. 10.198-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

A Miss Somers le tocaba hacer el té. Somers era la más nueva y la menos eficiente de las mecanógrafas. Ya no era joven y su rostro, que revelaba una ligera preocupación, recordaba al de una oveja. Aún no hervía el agua cuando Miss Somers la vertió en la tetera, pero la pobre nunca estaba completamente segura de si hervía o no. Esta era una de las muchas preocupaciones que la afligían.

Sirvió el té y lo repartió en tazas, que acompañó con un par de dulces y blandas galletas en cada una.

Miss Griffith, la eficiente jefa de las mecanógrafas, una auténtica sargento de cabellos grises que llevaba dieciséis años en Consolidated Investments Trust, exclamó con voz de trueno:

—¡Otra vez no ha hervido el agua, Somers!

El rostro preocupado y dócil de Miss Somers enrojeció mientras decía:

—Dios mío, creía que esta vez sí que estaba hirviendo.

«Durará otro mes, quizá, mientras haya tanto trabajo —pensó Miss Griffith—, pero realmente hay que ver la que armó con la carta para Eastern Developments, un trabajo muy sencillo, y para colmo ni siquiera sabe hacer el té. Si no fuera por lo que cuesta encontrar mecanógrafas capaces... Y la última vez dejó mal cerrada la lata de las galletas. De verdad...»

Como tantas otras quejas íntimas suyas, la frase quedó sin terminar.

En aquel momento entró Miss Grosvenor para preparar el sagrado té de Mr. Fortescue. Mr. Fortescue tomaba otra clase de té, con galletas especiales y servido en tazas diferentes. Solo la tetera y el agua del grifo eran las mismas que las de las empleadas. Pero en esta ocasión, puesto que era para Mr. Fortescue, el agua hirvió. Miss Grosvenor tuvo buen cuidado en ello.

Miss Grosvenor era rubia y muy atractiva. Vestía un traje chaqueta negro caro e impecable, y sus hermosas piernas iban enfundadas en las medias de nailon más caras del mercado negro.

Cruzó la sala de las mecanógrafas sin dignarse siquiera dirigirles una mirada o una palabra. Para ella eran como cucarachas. Ella era la secretaria particular de Mr. Fortescue. Ciertos rumores malvados daban a entender que era algo más que eso, pero en realidad no era así. Fortescue acababa de casarse por segunda vez con una mujer bella y de gustos caros, y totalmente capaz de absorber toda su atención. Miss Grosvenor era para su jefe solo una parte necesaria de la oficina, un lujo para el que no había reparado en gastos.

Miss Grosvenor llevaba la bandeja como si fuera a realizar una ofrenda ritual. Cruzó la oficina principal, la sala de espera reservada a los clientes más importantes y a su propia oficina. Finalmente, tras unos ligeros golpecitos en la puerta, penetró en el sanctasanctórum: el despacho de Mr. Fortescue.

Era una habitación amplia, con un parqué deslumbrante cubierto en parte por gruesas alfombras orientales. Las paredes eran de madera clara y había varios butacones enormes, tapizados con cuero del mismo tono. Tras una colosal mesa de escritorio de sicomoro, el centro y foco de la estancia, se hallaba sentado el mismísimo Mr. Fortescue.

Mr. Fortescue resultaba mucho menos impresionante de lo que hubiera debido ser para hacer juego con el despacho, pero hacía lo que podía. Era un hombre gordo y fofo, con una calva reluciente. Tenía la costumbre de vestir prendas deportivas en su oficina de la City. Estaba estudiando varios papeles con el entrecejo fruncido cuando Miss Grosvenor se deslizó hacia él con su andar de cisne, dejó la bandeja a su lado y murmuró con voz impersonal:

—El té, Mr. Fortescue. —Y se retiró.

La contribución de Mr. Fortescue a este ritual fue un gruñido.

Sentada de nuevo ante su mesa, Miss Grosvenor se ocupó de su trabajo. Hizo dos llamadas telefónicas, corrigió algunas cartas que estaban listas para que Mr. Fortescue las firmara y contestó una llamada telefónica.

—Me temo que no va a ser posible en este momento —dijo con voz altiva—. Mr. Fortescue está reunido.

Colgó el teléfono y miró el reloj. Eran las once y diez.

Fue entonces cuando oyó un sonido desacostumbrado que atravesó la gruesa puerta, procedente del despacho de Mr. Fortescue. Era un grito agónico, ahogado, y aun así, muy reconocible. En aquel mismo momento, el timbre del interfono comenzó a sonar frenéticamente. La sorpresa la dejó paralizada unos momentos, pero al final se levantó vacilante. La inesperada llamada hizo que perdiera un poco de aplomo. Sin embargo, se dirigió al despacho de Mr. Fortescue con su andar habitual, llamó y entró.

Lo que vieron sus ojos dinamitó su aplomo definitivamente. Su jefe, detrás de la mesa, parecía sufrir una terrible agonía. Sus convulsiones constituían un espectáculo alarmante.

—Oh, Dios santo, Mr. Fortescue, ¿está usted enfermo? —dijo Miss Grosvenor, y comprendió al instante lo ridículo de su pregunta. No había la menor duda de que se encontraba gravemente enfermo. Incluso cuando se acer-

có a él, no cesaba de retorcerse, preso de dolorosas convulsiones.

Su respuesta brotó entrecortada.

—El té. ¿Qué diablos... ha puesto... en el té? Busque... ayuda..., rápido..., traiga a un médico.

Miss Grosvenor huyó del despacho. Ya no era la secretaria rubia y arrogante, sino una mujer asustada que había perdido la cabeza. Entró corriendo en la sala de mecanógrafas, gritando:

—¡A Mr. Fortescue le ha dado un ataque! ¡Se está muriendo! ¡Debemos llamar a un médico! ¡Tiene muy mal aspecto! Estoy segura de que se está muriendo.

Las reacciones fueron inmediatas y variadas.

—Si es un ataque epiléptico, debemos ponerle un corcho en la boca. ¿Quién tiene un corcho? —indicó Miss Bell, la mecanógrafa más joven.

Nadie tenía un corcho.

—A su edad —comentó Miss Somers—, con toda probabilidad se trata de un ataque de apoplejía.

—Hay que llamar a un médico enseguida —intervino Miss Griffith.

Pero su acostumbrada eficiencia se vio entorpecida porque, en sus dieciséis años de servicio, nunca había necesitado llamar a un médico para que viniera a la oficina. Tenía su médico particular, pero estaba en Streatham Hill. ¿Dónde habría un médico por allí cerca?

Nadie lo sabía. Miss Bell cogió una guía telefónica y comenzó a buscar en la letra M. Pero los médicos no estaban clasificados como los bancos. Alguien sugirió llamar a un hospital, pero ¿a cuál?

—Tiene que ser el adecuado o no vendrán. Me refiero a que debe pertenecer al seguro —insistió Miss Somers—. Tiene que corresponder a esta zona.

Alguien sugirió llamar a la policía, pero Miss Griffith se escandalizó y dijo que no serviría de nada. Para ser ciuda-

danas de un país que contaba con un servicio de sanidad pública, este grupo de mujeres razonablemente inteligentes demostraba una increíble ignorancia en cuanto al procedimiento a seguir.

Miss Bell comenzó a buscar números de ambulancias en la guía.

—Tendrá su médico particular —señaló Miss Griffith—, seguro.

Alguien corrió en busca de la agenda privada. Miss Griffith ordenó al botones que trajera a un médico como fuera y de donde fuera. En la agenda encontraron el nombre de sir Edwin Sandeman, con consultorio en Harley Street. Miss Grosvenor, desplomada sobre una silla, gemía en un tono menos elegante de lo habitual.

—Yo hice el té como siempre. De verdad. No podía haber nada malo en el té.

—¿Nada malo en el té? —Miss Griffith hizo una pausa cuando ya iba a marcar el número—. ¿Por qué lo dice?

—Él lo dijo, Mr. Fortescue. Dijo que había sido el té.

Miss Griffith vaciló entre el número de Sandeman y el de la policía.

—Hay que darle un poco de mostaza con agua ahora mismo —afirmó Miss Bell con su juvenil optimismo—. ¿Hay mostaza en la oficina?

No había mostaza.

Poco después, el doctor Isaacs, de Bethnal Green, y sir Edwin Sandeman se encontraron en el ascensor en el preciso momento en que dos ambulancias se detenían ante el edificio. El teléfono y el botones habían cumplido con su trabajo.

Capítulo 2

El inspector Neele estaba sentado detrás de la enorme mesa de sicomoro del sanctasanctórum de Rex Fortescue. Uno de sus subalternos permanecía tranquilamente sentado cerca de la puerta, recostado en la pared.

El inspector Neele tenía un aspecto elegante y marcial, con el pelo castaño ondulado y la frente algo estrecha. Cuando decía «Solo es cuestión de rutina», sus interlocutores pensaban, con generosidad: «¡Si eso es lo único que sabes hacer!». Pero siempre se equivocaban. Tras su apariencia poco imaginativa, el inspector Neele era un pensador muy creativo, y uno de sus métodos de investigación consistía en plantearse a sí mismo fantásticas teorías basadas en la culpabilidad que aplicaba a la persona a la que interrogaba en ese momento.

Miss Griffith, a quien había escogido con ojo clínico como la más apropiada para ofrecerle un breve relato de los acontecimientos que lo habían llevado hasta allí, acababa de salir, tras hacerle un admirable resumen de los sucesos de la mañana. El inspector Neele se había planteado tres supuestas razones por las que la fiel jefa de las mecánografías podía haber envenenado a su jefe, pero las rechazó como poco probables.

La había clasificado como: a) no tenía el tipo de envenenadora; b) no estaba enamorada de su jefe; c) no era una desequilibrada, y d) no era una mujer rencorosa. Todo eso

dejaba fuera a Miss Griffith, excepto como fuente de información verídica.

Miró de reojo el teléfono. Aguardaba una llamada del hospital St. Jude de un momento a otro.

Por supuesto, era posible que la repentina indisposición de Fortescue hubiera sido debida a causas naturales, pero ni el doctor Isaacs ni sir Edwin Sandeman eran de esta opinión.

El inspector Neele pulsó un botón del interfono que había situado de un modo muy estratégico a su izquierda y pidió que hicieran pasar a la secretaria particular de Mr. Fortescue.

Miss Grosvenor había empezado a recomponerse, pero no del todo. Entró un tanto recelosa, el andar de cisne se había esfumado.

—¡Yo no he sido! —exclamó en el acto en tono defensivo.

—¿No? —respondió el inspector con calma.

Le indicó la silla que ocupaba bloc en mano cuando Mr. Fortescue le dictaba sus cartas. Ahora se sentó de mala gana, mirando asustada al inspector, quien, en su imaginación, barajaba diferentes posibilidades: ¿Seducción? ¿Chantaje? ¿Rubia platino en el banquillo? Le dirigió una expresión tranquilizadora y un tanto estúpida.

—En el té no había nada —aseguró Miss Grosvenor—. Es imposible.

—Ya —replicó el inspector Neele—. ¿Su nombre y dirección, por favor?

—Grosvenor, Irene Grosvenor.

—¿Cómo se escribe?

—¡Oh! Igual que la plaza: Grosvenor.

—¿Su dirección?

—Número catorce de Rushmoor Road, Muswell Hill. El inspector asintió satisfecho.

«Nada de seducción —se dijo—. Ni un nidito de amor. Un hogar respetable con sus padres. Tampoco chantaje.»

Otra buena tanda de teorías al garete.

—¿De modo que ha sido usted quien ha hecho el té?
—preguntó con amabilidad.

—Tenía que hacerlo. Quiero decir que siempre lo hago yo.

El inspector Neele, sin darle prisa, le hizo repetir el ritual matutino del té de Mr. Fortescue. La taza, el plato y la tetera ya habían sido recogidos y enviados al laboratorio. Se enteró de que Irene Grosvenor y solo ella había tocado aquellos utensilios. El hervidor era el mismo que se utilizaba para hacer el té de las oficinistas, y ella misma lo había llenado en el grifo del lavabo.

—¿Y el té?

—Era el té exclusivo de Mr. Fortescue, un té chino especial. Se guarda en un estante de mi despacho, que es el de aquí al lado.

El inspector asintió. Preguntó por el azúcar, pero recibió la respuesta de que Mr. Fortescue tomaba el té sin azúcar.

Sonó el teléfono. El inspector Neele atendió la llamada. Su expresión cambió un tanto.

—¿El hospital St. Jude? Un momento. —Con un ademán, despidió a Miss Grosvenor—. Eso es todo de momento, señorita. Muchas gracias.

La secretaria se apresuró a abandonar la estancia.

Neele escuchó con atención la voz inexpresiva que le hablaba desde el hospital St. Jude. Mientras escuchaba, trazó unos cuantos signos crípticos en una esquina del secante que tenía ante él.

—¿Ha muerto hace cinco minutos? —Miró su reloj y luego escribió en el secante: «Las doce cuarenta y tres».

La voz inexpresiva dijo que el doctor Bernsdorff quería hablar con él. Neele respondió «Está bien. Pásemelo», lo cual escandalizó un tanto a su interlocutor, que había usado cierta reverencia en el tono oficial.

Se oyeron varios zumbidos y murmullos fantasmales. El inspector Neele aguardó con paciencia.

Entonces, sin previo aviso, un fuerte rugido lo obligó a apartar el auricular de su oído.

—Hola, Neele, viejo buitre. ¿Otra vez con sus cadáveres?

El inspector Neele y el profesor Bernsdorff, del hospital St. Jude, habían trabajado juntos en un caso de envenenamiento hacía cosa de un año y, desde entonces, eran buenos amigos.

—He oído decir que nuestro hombre ha muerto.

—Sí. Ya era demasiado tarde cuando lo han traído. No hemos podido hacer nada.

—¿La causa de la muerte?

—Hay que hacerle la autopsia. Es un caso muy interesante. Interesantísimo. Celebro haberlo atendido.

El tono entusiasta del profesor Bernsdorff le permitió comprender al menos una cosa.

—Entiendo que usted no cree que se trate de muerte natural —comentó secamente.

—Ni por asomo —vociferó Bernsdorff—. Hablo de forma extraoficial, desde luego —agregó con una precaución que llegaba algo tarde.

—Claro, claro. Lo entiendo. ¿Lo han envenenado?

—Sin duda alguna. Y lo que es más, aunque esto no es oficial, solo entre usted y yo. Apuesto a que sé de qué veneno se trata.

—¿De veras?

—Taxina, amigo mío. Taxina.

—¿Taxina? No lo había oído nunca.

—Lo sé. Es muy poco corriente. ¡De una encantadora rareza! Confieso que ni yo mismo lo hubiera adivinado de no ser porque tuve un caso hace solo tres o cuatro semanas. Un par de niñas, que jugaban a tomar el té con sus muñecas, arrancaron hojas de tejo y las emplearon para hacer la infusión.

—¿Y se trata de eso? ¿Hojas de tejo?

—En efecto. Son muy venenosas. Naturalmente, la taxi-

na es un alcaloide. No creo haber tenido nunca noticias de ningún caso en que fuera empleada de manera intencionada. La verdad es que resulta interesantísimo y poco común. No tiene usted idea de lo que llega uno a cansarse del socorrido herbicida. La taxina es algo exquisito. Claro que puedo equivocarme, no se le ocurra citarme, pero no lo creo. Con toda seguridad, también será interesante para usted. ¡Al menos se sale de la rutina!

—Parece que nos vamos a divertir todos mucho. Todos menos la víctima.

—Sí, sí, pobre tipo. —El tono de la voz no era convincente—. Ha tenido muy mala suerte.

—¿Ha dicho algo antes de morir?

—Había uno de sus muchachos sentado a su lado con una libreta. Él le dará los detalles exactos. Murmuró algo acerca del té, que le habían dado algo con el té en la oficina, pero, claro, eso es una tontería.

—¿Por qué?

El inspector Neele, que había imaginado a la encantadora Irene Grosvenor agregando hojas de tejo entre las de té, cosa que consideró altamente improbable, lo preguntó de un modo algo brusco.

—Porque el veneno no ha podido actuar con tanta rapidez. Tengo entendido que los síntomas se presentaron en cuanto bebió el té.

—Eso es lo que han dicho.

—Hay muy pocos venenos que actúen con tanta rapidez, aparte de los cianuros, por supuesto, y posiblemente la nicotina pura.

—¿Y está seguro de que no ha sido cianuro o nicotina?

—Mi querido amigo, se hubiera muerto antes de llegar al hospital. ¡Oh, no! No se trata de nada de eso. Primero he sospechado que podía ser estriknina, pero las convulsiones no eran las típicas. No es nada oficial, claro, pero me juego mi reputación a que es taxina.

—¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto?

—Depende. Una hora, dos, tres... El muerto parece un tipo tragón. Si había desayunado bien, eso habría retardado los efectos.

—El desayuno —repitió Neele pensativo—. Sí, parece que ha debido de ser en el desayuno.

—Desayuno con los Borgia —rió Bernsdorff alegremente—. Bien, buena caza, amigo.

—Gracias, doctor. Quisiera hablar con mi sargento.

Volvieron a oírse los zumbidos, los chasquidos y las voces fantasmales. Y, al fin, una respiración agitada, que era el inevitable preludio de las conversaciones del sargento Hay.

—Señor... —Se oyó una voz ansiosa—. ¿Señor...?

—Neele al habla. ¿El difunto ha dicho algo que yo deba saber?

—Ha dicho que fue el té. El té que tomó en la oficina, pero el médico dice que no.

—Sí, ya lo sé. ¿Nada más?

—No, señor. Pero hay una cosa extraña. He registrado los bolsillos del traje. Lo de siempre: pañuelos, llaves, calderilla, la cartera, pero había algo francamente peculiar en el bolsillo derecho de la chaqueta. Había cereales.

—¿Cereales?

—Sí, señor.

—¿Qué quiere decir con cereales? ¿Se refiere a los que se toman para desayunar? ¿Copos de maíz? ¿O se refiere a trigo o cebada?

—Eso es, señor. A mí me ha parecido que era centeno. Llevaba un buen montón.

—¡Qué raro! Pero puede tratarse de una muestra, algo relacionado con algún trato comercial.

—Desde luego, señor, pero he pensado que debía decirselo.

—Ha hecho bien, Hay.

El inspector Neele colgó el teléfono y permaneció unos

instantes mirando al vacío. Su mente ordenada iba de la fase uno a la fase dos de sus pesquisas; de la sospecha de envenenamiento a la certeza. Las palabras del profesor Bernsdorff eran extraoficiales, pero era un hombre que no solía equivocarse. Rex Fortescue había sido envenenado, y el veneno le había sido administrado con toda probabilidad de una a tres horas antes de la aparición de los primeros síntomas. Era posible, pues, que el personal de la oficina quedara libre de sospecha.

Neele fue a la sala de las mecanógrafas. Ofrecía un aspecto normal, pero se trabajaba sin prisas.

—¿Miss Griffith? ¿Puedo hablar con usted?

—Desde luego, Mr. Neele. ¿Pueden irse a comer algunas de las chicas? Hace rato que pasa de la hora. ¿O prefiere que envíe a buscar algo?

—No. Pueden marcharse, pero deben volver después.

—Por supuesto.

Miss Griffith siguió a Neele hasta su despacho particular, donde se sentó con aire digno y eficiente.

—Me han telefoneado del hospital —anunció el inspector Neele sin preámbulos—. Mr. Fortescue ha muerto a las doce cuarenta y tres.

Miss Griffith recibió la noticia sin la menor sorpresa, y se limitó a negar con la cabeza.

—Ya me pareció que su estado era muy grave.

Neele observó que no demostraba pesar alguno.

—¿Podría facilitarme datos de la casa y de la familia?

—Desde luego. He intentado ponerme en contacto con Mrs. Fortescue, pero está jugando al golf y no la esperan a comer. No saben en qué campo juega —manifestó, y agregó a modo de explicación—: Viven en Baydon Heath, que está en medio de tres campos de golf muy conocidos.

El inspector Neele asintió. Baydon Heath era una zona residencial habitada casi en exclusiva por gente rica. Estaba a unos treinta kilómetros de Londres, tenía una excelen-

te comunicación por tren, y en coche se llegaba con gran facilidad, incluso durante las horas de mayor tráfico.

—¿La dirección exacta y el número de teléfono?

—Baydon Heath 3400. El nombre de la casa es Yewtree Lodge.

—¿Qué? —La exclamación brotó de labios del inspector antes de que pudiera contenerla—. ¿Ha dicho usted Yewtree Lodge? ¿Una cabaña?

—Sí.

Miss Griffith parecía intrigada, pero el inspector Neele se recuperó enseguida.

—¿Puede darme más detalles sobre la familia?

—Mrs. Fortescue es la segunda esposa. Es mucho más joven que él. Se casaron hará unos dos años. La primera Mrs. Fortescue murió hace mucho, y del primer matrimonio hay dos hijos y una hija. La hija vive en la casa, igual que el hijo mayor, que es socio de la firma. Por desgracia hoy está en un viaje de negocios por el norte de Inglaterra. Esperan que vuelva mañana.

—¿Cuándo se marchó?

—Anteayer.

—¿Ha intentado usted ponerse en contacto con él?

—Sí. Después de que se llevaran a Mr. Fortescue al hospital he llamado al Midland Hotel de Mánchester, donde supuse que se alojaba, pero se había marchado a primera hora de la mañana. Creo que también pensaba ir a Sheffield y a Leicester, pero no estoy segura. Puedo darle los nombres de algunas firmas con las que tal vez tuviera que tratar en esas ciudades.

Desde luego, era una mujer muy eficiente, pensó el inspector, y en el caso de asesinar a un hombre, también lo haría con suma destreza. Pero se obligó a desechar estos pensamientos y a concentrarse una vez más en la familia de Fortescue.

—¿Dice que tiene otro hijo?

—Sí. Pero debido a discrepancias con su padre vive en el extranjero.

—¿Los dos hijos están casados?

—Sí, Mr. Percival lleva tres años casado. Él y su esposa ocupan un apartamento en Yewtree Lodge, aunque van a trasladarse a su propia casa en Baydon Heath dentro de muy poco.

—¿Tampoco ha podido hablar con Mrs. Percival Fortescue cuando ha telefonado esta mañana?

—No, ella ha venido a Londres a pasar el día. El otro hijo, Mr. Lancelot, se casó hace casi un año con la viuda de lord Frederick Anstice. Supongo que habrá visto fotografías tuyas en el *Tatler* con caballos, ya sabe, en el hipódromo.

Miss Griffith parecía algo sofocada y sus mejillas se habían coloreado ligeramente. Neele, que captaba con facilidad las reacciones de los seres humanos, comprendió que aquel matrimonio había emocionado a la parte esnob y romántica de Miss Griffith. Para ella, la aristocracia era la aristocracia, y con seguridad le era desconocido el hecho de que el difunto lord Frederick Anstice gozara de una dudosa reputación en los círculos deportivos. Freddie Anstice se había levantado la tapa de los sesos antes de que los jueces hípicas comenzaran las averiguaciones acerca de la actuación de uno de sus caballos. Neele recordaba vagamente a la esposa. Era hija de un matrimonio irlandés y estuvo anteriormente casada con un aviador, muerto en la batalla de Inglaterra.

Y ahora, por lo visto, estaba casada con la oveja negra de la familia Fortescue, porque Neele supuso que el desacuerdo con su padre, mencionado por Miss Griffith, había sido debido a algún desagradable incidente en la carrera de Lancelot Fortescue.

¡Lancelot Fortescue! ¡Vaya nombre! ¿Y cómo se llamaba el otro hijo? ¡Percival! Se preguntó cómo debió de ser la primera Mrs. Fortescue. Desde luego, tuvo un gusto muy particular en cuanto a los nombres.

Descolgó el teléfono y le dio a la operadora el número de Baydon Heath 3400.

—Baydon Heath 3400 —contestó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Quisiera hablar con Mrs. Fortescue o Miss Fortescue.

—Lo lamento. No están en casa ninguna de las dos.

La voz le pareció ligeramente alcohólica.

—¿Es usted el mayordomo?

—Sí.

—Mr. Fortescue se encuentra gravemente enfermo.

—Lo sé. Han telefoneado para avisarnos, pero yo no puedo hacer nada. Mr. Val está en el norte y Mrs. Fortescue está jugando al golf. Su nuera ha ido a Londres, pero volverá a la hora de comer. Miss Elaine ha salido con su grupo de niñas exploradoras.

—¿No hay nadie en la casa con quien pueda hablar de la enfermedad de Mr. Fortescue? Es importante.

—No lo sé. —El hombre dudó—. Está Miss Ramsbottom, pero no habla nunca por teléfono. Y Miss Dove, que es lo que podría llamarse el ama de llaves.

—Hablaré con Miss Dove.

—Iré a buscarla.

A través del teléfono oyó cómo sus pasos se alejaban. No oyó otros acercarse, pero al cabo de un par de minutos le habló una voz de mujer.

—Miss Dove al habla.

Era una voz grave y bien modulada, de pronunciación clara. El inspector Neele se formó una imagen favorable del ama de llaves.

—Siento tener que comunicarle que Mr. Fortescue ha muerto en el hospital St. Jude. Se sintió repentinamente enfermo en su despacho. Me gustaría hablar con sus familiares.

—Por supuesto. No sabía... —se interrumpió. Su voz no demostraba agitación, pero sí sorpresa. Continuó—: ¡Es una pena! Debe usted ponerse en contacto con Mr. Percival

Fortescue. Él se ocupará de disponer los arreglos necesarios. Puede encontrarlo en el Midland Hotel de Mánchester o tal vez en el Grand de Leicester. Podría probar también en Shearer & Bonds, de Leicester. Desconozco cuál es el número de teléfono, pero sé que iba a visitar esa firma. Tal vez ellos puedan decirle dónde encontrarlo. Mrs. Fortescue vendrá a cenar, aunque es posible que llegue a la hora del té. Será un duro golpe para ella. Ha sido muy repentino, ¿no? Mr. Fortescue se encontraba perfectamente bien cuando ha salido de aquí esta mañana.

—¿Lo ha visto antes de salir?

—¡Oh, sí! ¿Qué ha sido? ¿El corazón?

—¿Es que sufría del corazón?

—No, no. No lo creo. Pero como ha ocurrido tan de repente... —Se detuvo—. ¿Habla usted desde el hospital? ¿Es usted médico?

—No, Miss Dove, no soy médico. Le hablo desde el despacho de Mr. Fortescue. Soy el detective inspector Neele, del Departamento de Investigación Criminal, e iré a verla en cuanto pueda.

—¿Detective inspector? ¿Quiere decir que...? ¿Qué quiere decir?

—Se trata de un caso de muerte repentina, Miss Dove, y cuando hay una muerte repentina, nos llaman, en especial si el difunto no ha sido visitado por un médico desde hace tiempo, como me figuro que es el caso.

Solo lo insinuó, pero Miss Dove respondió enseguida:

—Lo sé. Percival reservó hora con el médico en un par de ocasiones, pero no pudo ir. Era poco razonable, todos estaban preocupados. —Se interrumpió y volvió a adoptar su tono firme—. Si Mrs. Fortescue regresa antes de que usted llegue, ¿qué quiere que le diga?

«Práctica hasta la médula», pensó.

—Dígale solo que en casos de muerte inesperada debemos hacer algunas averiguaciones. Puros trámites rutinarios.